

VIII

Atravesando por toda la pescadería y siguiendo el mismo camino que los dos Meraud habían recorrido poco antes, acercábase un mozo de cordel con chaqueta de pana de algodón muy deslucida y remendada, en cuyo costado ostentaba la medalla del oficio, dirigiendo de vez en cuando á los dos primeros oblicuas miradas en las que se revelaba rencorosa desconfianza.

Al verle en aquella actitud, habríase dicho que los acechaba y que le impacientaba su insistencia en permanecer al lado del puesto de la joven.

Una de las veces se detuvo al pie del puesto de la pescadera, á la que Nicolás Meraud había llamado la *Pintada*.

—¡Eh! ¿Qué os parece, señora Clara? ¿No veis á vuestro amo cómo ronda á la señorita Rosa?

—¡Sí! ¡A la Rosa! ¡A la única!— respondió con destemplado acento la *Pintada*.—¡Y no es él solo, sino que son varios, á docenas!

—Perderá el tiempo.

—¡Bah! ¡Quien sabe! ¡Habría que verlo

para creerlo! — dijo entre dientes la pescadera.

Alejóse el mozo de cordel gruñendo y entre sus amenazas casi ininteligibles oíanse frases sin terminar:

—Le romperé una pierna... le daré un pie de paliza... se acordará toda su vida... granuja... que no se relama...

Si de las personas que hace veinte años frecuentaban la casa de Godin el pescadero, hubiese habido alguna en el Mercado no dejara de llamarle la atención el extremado parecido del mozo de cordel con aquel criado desgarbadote, y con pelo de color de zanahoria, que servía de mozo de cuadra al pescadero, y respondía por el nombre de Hipólito.

Era efectivamente éste, en el que apenas habían impreso su huella los años pasados, y que continuaba siendo tan desgarbado y descolorido como antes.

El mozo de cuerda se acercó á la señora Brejot.

—¿No tenéis nada que hacer, Juana?—la preguntó.

—Nada.

—Las ventas se echan á perder.

—Lo que se echa á perder es el género.

—¿Produce poco?

—Sí, por desgracia.

—Ayer, en todo el día, no gané más que treinta y cinco sueldos.

—Poco es, ¿y hoy?

—Aún no me he estrenado,—respondió.

Dió éste una vuelta por los alrededores, y con un bien calculado movimiento se acercó á Rosa en el momento en que los Meraud se separaban de ella.

Llegó á tiempo para oír á Nicolás que la decía.

—Pensadlo bien, hermosa.

—Lo pensaré.

—Es una fortuna lo que os propongo.

—No digo que no lo sea.

—Expresiones á vuestra madre.

—Se las daré.

Dirigióla Nicolás Meraud una mirada equívoca y dió media vuelta sobre sus talones.

—¿Qué es lo que os estaba contando ese viejo granuja, señorita Rosa?— preguntó el mozo de cordel.

—¿Acaso lo sé yo misma?— contestó la joven.—¿Creéis que hago caso de sus historias? Cada día me aburren más.

—Pero, ¿qué dice?

—Me ofrece una habitación en su casa de la calle de Rambuteau para mi madre y para mí, porque dice que no estamos bien en donde vivimos.

—¡Ah!

—Me habla, además, de la conveniencia de facilitarme dinero para ir al Mercado á las pujas y de que nos conviniésemos con esa.

—¿Con la *Pintada*?

—Con la misma, y la verdad es que no se gana nada con la guerra que nos hace desde algún tiempo acá ese tío. Si nos arreglába-

mos habría ganancias y las repartiríamos.

—¿Y es eso todo lo que os decía?

—Ni más ni menos.

—¡Qué tío! Creo que va siendo hora de que tenga una conversación con él,— murmuró Hipólito.

Cambiando de asunto preguntó:

—¿Os marcháis al fin esta noche, señorita Rosa?

—Sí.

—Si vieseis qué cambiado está todo allá abajo... La casa no la conoce nadie, y desde que se murió vuestra pobre abuela aquello se fue á la desbandada. El abuelo Godin se dió de tal modo á la bebida, que si antes bebía como uno, ahora lo hace como diez con el pretexto de consolarse, según me dijo un día; pero yo creo que es porque cada vez le gusta más emborracharse. ¡Qué desgracia más grande que se haya muerto vuestra abuela! ¡Y qué pronto! ¡Si aun me parece que la estoy viendo!

—¡Sí, Hipólito, fue una desgracia, nos quería tanto la pobre!

—De esto hace ya ocho años, y cualquiera diría que fue ayer; me acuerdo como si lo estuviese viendo. Volviamos del Mercado de Lisieux y á pesar de que no habíamos hecho mucho negocio, estaba alegre y satisfecha, y de pronto, al bajar de la carreta, al pie de una cuesta, pues vuestra abuela estaba aún muy ágil, se llevó las manos al pecho diciéndome que se ponía muy mala. Casi puedo decir que no me dió tiempo de

volver la cabeza cuando ví que había muerto; no dijo ni ¡ay! Os aseguro que nunca, ni en la guerra presencié una muerte más rápida. El doctor Montel me dijo que eso era un nombre muy raro...

—Sí, un aneurisma.

—Eso mismo. Adiós comercio: con la muerte de la señora Francisca concluyó todo, y el padre Godin, que pasaba todo el día regañándola, no levanta cabeza desde entonces. De modo que será por esa causa por lo que vais á verle.

—Es mi madre quien me envía.

—Lo que me sorprendió mucho es que al morir vuestra abuela no se haya encontrado ningún dinero, lo que parece imposible tratándose de una mujer tan ahorradora y arreglada, ¿qué habra hecho del dinero? Durante algunos años se ganó mucho, y un poco de dinero no os habría venido mal ahora para vuestro comercio; pero no se encontró ni un céntimo en ninguna parte, si bien es cierto que quedó la hacienda. El abuelo hubiera obrado muy cuerdamente llevándoos á su lado para vivir como buenos campesinos en su casa.

—¿Y qué quiere que le hagamos si según dicen no le gusta?— replicó Rosa con resignación.

—Siempre fue muy cabezudo, amigo de salirse con la suya, y á cada momento ocurríansele muy malas ideas, y ahora debe pensarle porque fue muy injusto con la pobre difunta. Creo que si bebe tanto es para atur-

dirse. ¡Ah! ¿No sabéis que vais á tener al lado un soberbio castillo?

—¿Qué castillo?

—Morville. Dicen que es magnífico y que se han gastado allí tanto dinero como en una iglesia, siendo hoy la maravilla del país. El vaquero Bouvent me lo contó la última vez que estuvo en París á traer ganado; *hijo mío*, me dijo, *jamás tendrás tú una casa como esa para alojarte!*

—¿Y el Almirante ha ido ya?

—Aún no pareció por allí.

—¿Qué extraño!— observó Rosa. — ¡Un marido y una mujer que viven cada uno por su lado.

—¡Oh!— replicó Hipólito con acento propio de un hombre convencido de lo que dice.— Para mí es indudable que existe algún misterio.

Una señora seguida de su criada se acercó al puesto.

—¿A cuánto están las anguilas?

—Según sean, señora.

—Esta,— dijo la compradora señalando una con el dedo.

—Cuatro francos.

—Cincuenta sueldos.

—No puedo darla por ese precio.

—Ahí al lado me la daban.

—Sería más pequeña que esta, no la habéis visto bien, señora,—dijo la joven.

Y metiendo la mano en el agua sacó con mucha ligereza la anguila, que se enroscó al dejarla encima del mármol.

—Ya lo veis,—dijo,—dentro del agua parecen más pequeñas.

—Doy cinco más.

—Imposible, señora, ofreced siquiera quince sueldos.

La compradora no sabía qué hacer y Rosa observó que Clara la *Pintada*, la revendedora de Meraud, estaba acechando á que se despidiese á la parroquiiana para llamarla, y en el momento de que ésta última, seguida de su criada se alejaba, la llamó:

—¡Eh! ¡Lleváosla, señora, os la doy por lo que me cuesta! No gano nada.

Abrió la criada la cesta, echó Rosa la anguila, pagó la señora y se alejaron.

—Lo que es así pronto comprarás una cama en el hospital, pimpollo,—chilló la *Pintada* con su voz de carraca.

Hizo Rosa como que no la oía, y guardándose el dinero en el bolsillo siguió su conversación.

—¿No queréis que os lleve algo esta noche á la estación?—preguntó el mozo de cordel.

—Gracias, Hipólito; no llevo más que un saco de noche que pesa poco, y además, tomaré el ómnibus.

—No lo hagáis por temor de molestarme porque me daríais un disgusto muy grande.

—Sí, ya sé que nos queréis mucho, y que somos antiguos amigos.

—Saludad de mi parte al señor Godin, por más que no lo merezca mucho, por lo mal que se porta con vosotras.

—¿Y qué queréis que yo le haga? Es el amo,—respondió la joven.

—Si tenéis necesidad de alguien ó vuestra madre quiere alguna cosa, ya sabéis donde estoy.

—Sí, gracias.

—De noche como de día.

La Brejot, una vendedora muy rica y vecina de los Godin hizo una señal al mozo de cordel para llamarle.

—Adiós,—le dijo Rosa dándole un apretón de manos,—y si no os veo antes, hasta la vuelta.

—Adiós, señorita Rosa.

—¡Qué buen corazón tiene!—se dijo ésta.

Quedóse muy pensativa y durante un cuarto de hora apenas se fijó en los entrantes y salientes, mientras que Anita vendía cestillos de cangrejos y peces de río á algunas señoras.

De pronto una voz muy conocida la distrajo de sus cavilaciones, y se irguió bruscamente como quien despierta.

—¡Buenos días, hermosa entre las hermosas!—dijo á su lado una voz varonil.

Inclinó Rosa la cabeza sobre el hombro derecho volviéndose á medias, y una sonrisa de alegría iluminó su rostro momentos antes tan cejijunto.

—¡Ah! ¿Sois vos, Pedro?

—Sí, yo soy.

—¿Cómo es que estáis aquí á estas horas?

—Voy á explicároslo. El principal me mandó al registro para poner en claro una

dificultad, é hice un rodeo para saludar á mi madre, y también para...

Callóse durante un momento como si vacilase no sabiendo qué decir.

—¿Para?—interrogó maliciosamente Rosa.

—Para saludar á otra personita mucho más joven, á la que hace mucho tiempo no había tenido el gusto de ver.

—¡Bah! Entonces esa persona no soy yo, porque á mí hace dos días que me visteis.

—Sí, es verdad, el domingo en Nanterre ¡qué buen día y qué agradable! Tanto que me parece que desde entonces pasó un siglo.

—¡Oh! ¡No digáis tonterías!

—Puedo aseguraros que no son tonterías, señorita Rosa, y juraros por lo más serio que es verdad.

—¿Qué es esto entonces?

—¡Una declaración!

Era el recién llegado un joven de rostro redondo y lleno que rebosaba salud, completamente afeitado, de tez sonrosada y fresca cual la manzana verde en el árbol, y el pelo castaño muy corto.

En su conjunto tenía tal vez bastante vulgaridad faltando la distinción, pero en cambio cuantos le trataban comprendían á primera vista que tenían que habérselas con un hombre honrado á carta cabal y de carácter recto y leal.

Vestía con sencillez no exenta de elegancia y bajo el brazo llevaba unos cuantos fajos de papeles metidos en un cartapacio de tela negra.

No era aún un Notario, pero sí un aspirante á este cargo, llamábase Pedro Rague- nel, y tenía á su madre, rica hostelera de Argenteuil, en el Mercado, y trabajaba en concepto de segundo pasante en casa del Notario señor Durand de la calle Royale.

—¿Es verdad lo que me dijo mi madre?— preguntó Pedro.

—¿El qué?

—Que nos abandonáis.

—Sí, es cierto.

—¿Por mucho tiempo?

—Creo que por ocho ó diez días, tal vez algunos más.

—¡Una eternidad!

—No pongáis esa cara tan triste, que si os ven se van á burlar de vos.

—¡Qué triste voy á estar mientras estéis fuera!

—¡Qué locura!

—Voy á criar mala sangre.

—¡No exageréis tanto, señor Pedro!

—¡Como si lo viese vais á echaros un novio en Normandía!

—¿Y qué más os da?

—¡Es que me moriría de desesperación!

Sostenía esta conversación el pasante de Notario en alta voz, riendo y sin disimular lo más mínimo, como una persona que está de broma y no toma en serio lo que dice, pero á haberle observado de cerca y con detención comprendiérase, viendo su rostro encendido y cierta opresión fácil de adivinar, que no estaba tan á gusto al lado de la

hermosa pescadera, como quería aparentar.

Aparte de todo, ese joven, muy serio é instruído, y muy acostumbrado á la vida parisiense, era bastante tímido en el fondo.

Lo que sí era cierto es que deseaba declararse á la joven desde el día, hacia de esto bastante tiempo, en que la vió en casa de una tía suya, otra hortelana de Nanterre, amiga de la familia Godin, diciéndola que la amaba como un loco y que su única ambición era la de casarse con ella.

No se atrevía, empero, á hacerlo, primero por timidez y después por otra razón muy poderosa.

De Pedro Ragueneel no podía decirse que hubiese dado nunca un disgusto á su madre, ni tampoco que tuviese una inteligencia muy viva, pues generalmente los pasantes de Notario de París son más listos, despiertos é ingeniosos de lo que lo era él, y no es raro encontrar entre la grave clase notarial algún escritor de talento, y hasta un alegre sainetero.

En cambio Pedro Ragueneel poseía una gran dosis de sentido práctico y de esa astucia que no tiene igual, del aldeano, y con ambas condiciones, si el que las posee no hace milagros, se detiene al menos en la resbaladiza pendiente de las locuras.

Tan laborioso y aplicado como su padre, aunque en otro terreno y usando de la pluma con tanta asiduidad como aquel de su pala y de su laya, hizo estudios más sólidos que brillantes.

En Argenteuil poseían los Ragueneel una huerta muy bien cultivada de seis ó siete fanegas (1), y la viuda continuaba explotándola con la ayuda de sus antiguos jornaleros y llevando ella misma todos los días sus productos al Mercado.

Era una hormiga muy ahorradora y activa; pero una hormiga de gran volumen, gruesa, ancha de hombros y tan sólida sobre sus bases como una catedral sobre sus pilares.

Todos los años separaba á un lado una cantidad de importancia, producto de la venta de sus espárragos, alcachofas y zanahorias, diciendo con orgullo:

—Esto es para comprar una Notaría para mi hijo.

Por la noche metíase en su nicho, porque mal podíase llamar ni siquiera carricoche, el informe carromato que un penco bolonés arrastraba por calles y carreteras, y dirigíase al Mercado para llegar á la venta de la madrugada y primeras horas de la mañana, permaneciendo allí hasta medio día.

Con su corpulenta persona llenaba un pabellón destinado á sus legumbres y verduras, y allí arreglaba las cuentas con su parroquia, que era la mejor de París, y en la que figuraban los mayordomos de las mejores casas y los cocineros de los restaurants de más fama á los que vendía sus productos más escogidos.

(1) El *arpent* ó fanega francesa equivale aproximadamente á media de Toledo.

Terminada esa parte de la tarea regresaba á Argenteuil, haciendo sonar en las profundidades de sus bolsillos las monedas de plata ó de oro, ¡y siempre la misma vida!

Su hijo solía decirla con mucha frecuencia:

—Creo que ya es hora de que descanses.

Y la señora Brejot respondíale con su voz hombruna enronquecida por las nieblas y las heladas:

—¿Y en qué emplearía entonces el tiempo? ¡Déjame en paz! ¿Por ventura descansó algún día mi difunto? ¿No sabes que es muy bueno el ahorrar el dinero cuando se puede ganar honradamente?

El orgullo de la corpulenta señora Brejot estribábase en su honradez, pero ¡diantre! era tan severa y tan ruda consigo como con los demás.

Ese dinero al que dirigía amorosas miradas y que no bajaba de doscientos mil francos, sin contar lo que valían la casa y la huerta de Argenteuil, habíase ido reuniendo poco á poco, sueldo á sueldo, franco á franco, ganados leal y honradamente á fuerza de puños, con el sudor de la frente del padre muerto trabajando el último día tanto como el primero cuando no tenía nada.

Por esa razón decía la buena señora Brejot que podía presentarse con la cabeza muy alta en todas partes sin que tuviese que reprocharse ni una mala acción.

Este mismo orgullo contribuía á que su hijo no las tuviese todas consigo al pensar en la discusión que se instruiría el día

en que se tratase con esa inmaculada matrona el negocio de sus amores, porque eran bastantes las objeciones que se le podían hacer, entre ellas lo referente al nacimiento de Rosa, cuyo padre nadie conocía.

El enamorado joven estremeciase de antemano al pensarlo, ¡qué sermón le esperaba, Dios santo! ¡Y que tenía que prepararse!

Las otras hortelanas coloradotas y frescas bajo sus pañuelos de Madrás, que concurrían al Mercado, tenían envidia á la buena mujer cuando Pedro se presentaba allí con su sobretodo ó levita de buen corte, su ropa blanca bien planchada y su cartapacio bajo el brazo como un hombre de negocios muy atareado que daba un rodeo para pasar por el barrio.

En los días en que eso sucedía llegaba Pedro, y se colgaba del cuello de su madre lo mismo que cuando era un niño, besándola ruidosamente en las rubicundas mejillas, preguntándola cómo estaba, y qué tal iban las ventas, y la huerta y los trabajadores de Argenteuil.

—Tenéis un buen hijo, señora Raguanel,—decían las vendedoras que ocupaban los puestos inmediatos.

—Sí,—respondía la señora Brejot pavoneándose,—es de buena pasta y con el tiempo será Notario.

Vivía Pedro en un cuarto casi vecino de las tejas, pero muy cómodo y que tenía chimenea para calentarse en invierno y muebles muy limpios.

Era un muchacho muy ordenado y metódico, de buen carácter que, á pesar de su excesiva modestia, había tenido algunas aventuras, porque en las Notarías se presentan alguna que otra vez ocasiones, y el diablo no sería tan maligno como murmura la gente si no inspirase á los pasantes la idea de aprovecharse de ellas, y por otra parte Pedro Ragueneel no tenía el cuerpo de madera sino de carne y hueso.

No obstante, desde el día en que en Nanterre, en casa de su tía, en un alegre domingo de otoño, le colocaron en la mesa á la derecha de Rosa, todas las mujeres perdieron para él sus encantos.

En la época en que esto sucedía, Pedro Ragueneel contaba veinticuatro años, y Rosa diez y nueve, y á Pedro llamóle esta última la atención, por más que estaba acostumbrado á ver desfilar en casa de su principal las clientes más aristocráticas, el aire por todo extremo distinguido de la joven, la sencillez de sus modales, su gracia y el valor con que aceptaba una situación que no parecía hecha para ella.

Por la noche regresaron juntos á París y Pedro pidió permiso á madre é hija para acompañarlas, y no se separó de ellas hasta llegar á la calle de Mondetour, que era donde vivían.

Comprendió Rosa perfectamente que las visitas de Pedro, sus constantes rodeos por el Mercado y que las delicadas atenciones que tenía para con su madre y con ella, unas

veces llevándola un libro nuevo, un ramito de violetas, una rosa, ú otras, billetes para el teatro, tenían un objeto determinado: el de conquistarla. Y á Rosa la agradaba muchísimo ver el amistoso respeto con que la trataba siempre y que no olvidaba jamás, siendo indudable que no habría saludado con más deferencia á una Duquesa en el despacho de su principal.

—Debais ir pensando en casaros.

—Espero,—dijo Pedro balbuceando.

—¿A qué?

—¿A tener una buena posición para podersele ofrecer á mi futura! ¡cuando sea Notario!

—En ese caso necesitáis una dote para pagar la Notaría.

—Ya sé donde encontrarla; pero lo que me falta es la Notaría.

—¿Y la mujer?

—No me costará mucho trabajo el encontrarla,—respondió Pedro subrayando las palabras con una significativa mirada.

En la mañana á que nos referimos miróla Pedro mucho tiempo del mismo modo que si le costase trabajo separarse de Rosa.

—No sé por qué,—dijo,—me impresiona tanto el saber que vamos á separarnos ¡una semana!

—¿Y más!—respondíale Rosa con maliciosa sonrisa, y tendiéndole la mano fresca como la de una bañista al salir del agua.—No perdáis el tiempo, dadme un buen apretón de manos, pronto. ¡Ah! ¡No tanto!

—¡Y pensar que es por mucho tiempo!— replicó Pedro suspirando.

—En Paris no os faltarán distracciones.

Quiso Pedro echarse á reir como de costumbre, pero no pudo conseguirlo, porque tenía oprimido el corazón.

—¡Qué! ¿Os figuráis que va á descarrilar el tren?—preguntóle Rosa.—¡Bah! ¡Pronto os consolaréis!

—¡No! ¡No!

—¿Queréis marcharos ó no?—dijo Rosa haciendo un gesto encantador.

—Obedezco en seguida.

Dió una palmadita en la mejilla á Anita, que hablaba con tanta formalidad como si fuese una mujer hecha y derecha, con un carnicero. Era éste un mocetón que tenía la estatura de un tambor mayor.

Al pasar por delante de la revendedora de Meraud, que era paisana suya, saludóla el pasante deteniéndose un segundo.

—¡Adiós, Clara!—la dijo.

Marchóse con pena dirigiendo una prolongada mirada hacia atrás.

—Con seguridad que conmigo no se entretendría charlando un par de horas,—se dijo.

—Es el hijo de la madre Ragueneil, que con el tiempo tendrá mucho dinero y será todo un caballero. No conviene que deis oídos á esos pajarracos, señorita Rosa. Dicen que es un buen muchacho, pero os juro que si supiese que tenía malas intenciones, le aplastaba como si fuese una chuleta. ¿Queréis que os diga lo que debéis hacer?—preguntó.

—¿El qué?

—Casaros conmigo.

—¿De veras?

—Como lo digo lo siento,—replicó el carnicero.—¡A fe de normando os aseguro que tendriais un marido sólido y que os querría mucho! ¡Ya me lancé! Hace mucho tiempo que pensaba decíroslo, y ahora lo solté cuando menos lo pensaba. Tengo algunos ahorros, señorita Rosa, y allá abajo en el país, en el valle de Auge, al lado de donde nacisteis, mis padres tienen alguna hacienda que les produce bastante.

Al decir esto permanecía en pie delante del puesto, apoyando las manos en el mármol, y con su cuchilla sujeta al costado, como un puñal en la vaina, pero su delantal le desfiguraba un poco y quitaba elegancia al cuadro, y Vicente Ladurin le comprendió en seguida.

—Sé perfectamente,—dijo,—que una muchacha joven prefiere á un caballero, á un hombre que sepa manejar la pluma, pero esto es una tontería, porque la carnicería produce mucho cuando se sabe bien el oficio. Pensadlo bien, y después contestadme.

—Soy muy pobre, señor Ladurin, no poseo ni un céntimo.

Echóse á reir Vicente de una manera franca, y alargando la mano señaló el rostro resplandeciente de salud de Rosa.

—¿Y esa carita de ángel, no vale más que todos las dotes del mundo? ¡Ah! ¡Si fuese millonario, señorita Rosa! No hay que pen-

sar en esto y sí en lo otro que os dije antes, para eso os lo manifesté. Lo que sí os aseguro es que, tanto si la cosa os agrada como si no, podéis contar siempre con un amigo, y que es así bien lo sabe Hipólito, que es tan fiel como un perro, y á mi me sucede lo mismo. Sea como quiera, al fin y al cabo somos de la misma tierra, porque desde la Valle á Touque no es tan grande la distancia, y esto ya es algo.

Rosa se quedó pensativa, y sin saber qué responder, estando, además, muy conmovida.

—Me marchó á Normandia,—respondió pasado un momento,—y cuando vuelva podremos hablar con más calma. Creed, Vicente, que os agradezco con toda mi alma el interés que os tomáis por mí. ¿Qué estáis buscando ahí?

—Quisiera un ciento de cangrejos de los mejores.

—¿Para vos?...

—No os burléis, son para mi madre, á la que la gustan mucho, y es el mejor regalo que se le puede hacer. Quiero darla esa sorpresa, y mañana, por la mañana, los recibirá.

Con el dedo señaló Rosa uno de los cestos de Anita.

—Dale de esos,—dijo.

—¿Cuánto valen?—preguntó el carnicero.

—Para vos siete francos.

Pagó, cogió el cesto, saludó con la mano y se alejó.

A las tres se presentó Teresa para reemplazar á su hija.

Teresa debía haber sido muy linda; pero en su rostro se veían las huellas de los años y de los pesares, habiendo perdido su frescura, su cabello empezaba á encanecer por las sienes y su sangre habíase vuelto incolora.

—Tú si que debías irte á Touque, madre,—dijo Rosa;—aquellos aires te probarían mucho.

—No, ya sabes que no me quiere.

Referíase Teresa á su padre el anciano Godin.

—Pues bien, madre, consuélate tú, que iré por los dos,—añadió Rosa.

—¿Y la venta, cómo va?—preguntó Teresa.

Rosa meneó la cabeza, y las dos mujeres cambiaron una mirada de pena.

—Márchate; apenas tienes tiempo de qué disponer, ¿lo tienes todo arreglado?

—Sí.

—Dame un abrazo.

Hízolo así Rosa pasándola los brazos alrededor del cuello, y apoyó los labios en su frente. En el momento en que disponíase á marchar, dijo Rosa en voz baja:

—Meraud ha vuelto.

Estremeciése su madre.

—¿Qué es lo que quiere?—preguntó con mucha viveza.

—Nada; proporciones al aire. Cuando vuelva te lo contaré todo. Si necesitas algo

ahí queda Hipólito, no te apures y también puedes contar con Ladurin.

Dos horas después de ocurrir todo esto apeábase del ómnibus en la estación de Saint-Lazare y tomaba un billete de tercera para Trouville.

IX

Conforme á lo que dijera Hipólito á Rosa Godin el día que ésta marchó á Trouville, los dominios de Morville estaban desconocidos. Quedaba el castillo que habian restaurado y conservado con todos los miramientos debidos á esa tan curiosa reliquia, y á su lado elevábase un suntuoso palacio, lo que hacía que el castillo quedase reducido al estado de un pequeño pabellón. Durante los veinte años transcurridos, la fortuna de los Kerhoët, ó mejor dicho la de Valentina Fontanet, había aumentado de una manera considerable y dirigido todo por el Notario señor Durand, el mismo en cuyo Estudio estaba empleado como pasante Pedro Raguanel, y gracias á la inteligencia y probidad del guía, llegó ese caudal á alcanzar una cifra mayor de la que indicamos al principio.

En 1878 poseía la Condesa más de cien mil francos de renta sin contar el castillo de

Morville y las grandes praderas convertidas en un precioso parque admirablemente trazado que no producian nada.

Jorge de Kerhoët, hijo único, era uno de los mejores partidos, y la elevada posición de su padre, á la sazón Vicealmirante, lo mismo que la cuantiosa fortuna de su madre, permitíanle aspirar á la mano de las más nobles y opulentas herederas.

A los pocos días de emprender Rosa Godin su viaje, el calor expulsó de los boulevares á todos los que podían disponer de un poco de libertad en el fondo de su portamonedas, para pedir aire y frescura á las brisas del mar, ó á los ventisqueros de Suiza y de los Pirineos.

Trouville estaba lleno de gente, Villers, Beuzeval, Houlgate y Cabourg, parecían inmensos hormigueros. En las casas había más gente de la que podían contener, y en los hoteles no se encontraba ni un solo cuarto desocupado.

En la carretera numerosos coches de todas clases levantaban nubes de polvo. Uno de esos coches salió á las dos de una elegante villa de Deauville, dirigiéndose hacia el camino de Pont-le-Evêque, arrastrado al trote por dos jaquitas de sangre que recorrían rápidamente la distancia.

Una señora que frisaba en los cuarenta y cinco años, dirigía con nerviosa mano el coche, y en cuya trasera veíase un lacayo con lujosa librea marrón con botones dorados, en los que se destacaba una corona ducal.